

Un misionero apasionado por Cristo y su Iglesia

Hace más de veinte años que conocí a don Anastasio Gil y fue con motivo del servicio apostólico que me pidió el Papa san Juan Pablo II para dirigir

y presidir las Obras Misionales Pontificias en España. Recuerdo la tarde en la que don Anastasio, pocos días después que me habían encargado tal tarea, se acercó y me dijo: «Estoy dispuesto a acompañarte en este momento y solo porque creo hemos de potenciar la Misión en España». Estuvimos diez años, él como subdirector y yo como director de OMP. La relación fraterna era tan evangélica que me parecía revivir la experiencia de los apóstoles. La comunión era sincera y la puesta al día de muchos retos se iban sucediendo como por obra de una corriente que nos impulsaba a

Francisco Pérez González
Arzobispo de Pamplona y presidente de la Comisión Episcopal de Misiones



romper con todos los problemas que parecían imposibles de superar. Ciertamente que era la fuerza del Espíritu Santo que nos ayudaba a superar todo conflicto o situación de

fuertes contrastes. Puedo decir que fueron diez años luminosos porque entre nosotros solo deseábamos ser fieles a Cristo y su Iglesia.

Don Anastasio me ayudó, pero sobre todo, me demostró que era un misionero apasionado por Cristo y su Iglesia. Posteriormente, a estos diez años, fue nombrado por la Santa Sede como director de OMP y hasta el último suspiro de su vida siguió la misma pasión misionera. Descanse en paz un misionero tan incansable que no tenía tiempo ni siquiera para pensar en sí mismo.

Nuestra Iglesia misionera, en un lugar muy alto

Los dos últimos años he estado trabajando más cerca de este buen sacerdote, aunque ha sido desde que se descubrió la enfermedad el pasado mes de noviembre cuando he intentado ser su apoyo y sombra. Y he descubierto una cosa que me alegrará mucho que todos sepan: don Anastasio Gil, director nacional de OMP los últimos ocho años, y subdirector nacional los diez anteriores,

ha hecho que España goce de un grandísimo prestigio en el ámbito misionero mundial. No solo a nivel económico, por su transparencia y por su honradez, también por su austeridad, que también, sino también por su preocupación por los misioneros, por la importancia que dio siempre en la formación misionera de los cristianos, por su convencimiento de que la animación misionera y la promoción de vocaciones misioneras es una prioridad en la vida de la Iglesia. Don Anastasio ha dejado a la Iglesia misionera española en un lugar muy alto, ojalá se lo sepamos reconocer.

José María Calderón
Subdirector nacional de Obras Misionales Pontificias

